

## CAPÍTULO XXV.

Viaje de Londres á Paris por el canal de la Mancha. Aspecto del camino. Continuacion del contenido de la cartería misteriosa. Nuestra llegada á orillas del canal: temores que nos asaltaban. Lo que pasaba en el vapor de tránsito en los momentos de nuestro embarque. Boulogne: descripción de la Ciudad. El camino de Boulogne á Paris. Nuestra llegada á esta gran Capital.

Para distraernos pronto, fijamos desde luego la vista en el camino: los campos estaban espléndidos; su cultivo tan esmerado, sus continuas variedades nos hacian gozar mucho.

En pocos lugares, creémos haberlo dicho ya, hay un esmero tan particular en el cultivo de los campos, como en Inglaterra; allí no se desperdicia el terreno, sino que se le tiene muy bien ocupado, y verdaderamente causa contento ver el cuidado con que se ocupan de la agricultura en espais.

El camino que seguíamos no era monótono y nos ofrecia los mas pintorescos paisajes: las fincas de los Lóres, algunas hermosas cascadas, algunas poblaciones que á lo léjos se percibian, y otros muchos objetos daban al trayecto un aspecto y atractivo particular. El Sol con su luz purísima lo iluminaba todo, duplicando la belleza y la poesia; permanecimos mas de dos horas sin desprender nuestra vista del magnífico panorama que teniamos ante nosotras; pero luego quisimos aprovechar tambien el tiempo, para adelantar algo en la interesante lectura del manuscrito que conocen ya nuestros lectores, y así lo hicimos.

Vamos pues á trasladarles lo que entónces leímos, para que con nosotras sigan la historia del infortunado Genaro!.....

Como facilmente recordarán dejamos la lectura, despues de habernos impuesto del primer dia que Genaro pasó en el colegio; pues bien, continuemos: el segundo decia, lo pasé ya ménos triste; el tercero ménos aun, y por último á los 15 dias, me hallaba tan contento con mi nueva posicion, que no hubiera querido por nada, abandonar aquél colegio.

Los jóvenes, que al principio se burlaban de mí, comensaron á hacerse mis amigos y contaba ya con muchas simpatias; pero á los que corres-



pondia yo con mas cariño era siempre á los sobrinos de D. Justo, porque aunque ya la tristeza profunda de la separacion se habia ido calmando, me era imposible olvidar á mi querido protector, á aquel hombre tan bondadoso que me habia servido de padre!.....

Arturo y Alfredo me tenian por su primo, porque yo, como me lo habia dicho D. Justo, para esquivar las multiplicadas preguntas que se me hacian sobre mi familia; habia manifestado, que muy tierno aun mis padres me habian puesto en manos de D. Justo, porque ellos tenian una necesidad imprescindible de hacer un viaje al cual no me habian querido exponer; que D. Justo, siendo además mi tio, y teniéndome un particular cariño, me habia educado á su lado en un pueblo, donde habia yo pasado los primeros años de mi infancia, mas viéndome ya en una edad en que era preciso cultivar mi inteligencia, habia querido traerme al mismo lugar en que se hallaban mis primos, para que en dicho colegio hiciese mi educacion.

Arturo y Alfredo, aunque tenian algunas dificultades en comprender cómo D. Justo podia ser mi tio, acogieron sin embargo con mucho gusto la idea de ser mis parientes, lo que yo no pude menos de agradecerles. ¡Ay! yo solo sabia que es-

taban engañados, y que no tenia en el Universo un solo pariente!....

Era tanto mi placer en estar en ese establecimiento, que casi ni anhelaba salir á pasear, que era lo que ántes me llamaba extraordinariamente la atencion.

El estudio me complacia tanto, que los demas se admiraban de la inmensa satisfaccion que en esto encontraba: no solo por complacer los deseos de mi protector, sino por mi propia complacencia, tenia una particular satisfaccion en no tener ni un solo punto malo en mis lecciones: la memoria al principio me era algo infiel, pero con el ejercicio la tuve pronto magnífica; mi inteligencia, no lo digo por elojarme, á la verdad era muy clara.

Al principio, pobre de mí, como no habia sido criado en medio del mundo, tenia dificultad para comprender mil cosas; pero apénas me las explicaban algo, ó las veía, sobre todo prácticamente, entónces en un instante profundizaba las más difíciles cuestiones.

Mis maestros se mostraban muy satisfechos de mí, y pronto fui calificado como uno de los niños más aplicados de mi colegio.

Este establecimiento, como creo haber explicado ya, se hallaba en Venecia, la poética ciudad



construida sobre el agua. Tenia la esperanza de no hallarme muy separado de D. Justo, lo que me consolaba mucho.

Mi vida de colegial solo me presenta gratos recuerdos; verdad es que los de mi infancia, de mis desdichas y de mi madre, muchas lágrimas arrancaron á mis ojos! pero allí en el seno de mis amigos olvidaba mis pesares y me sentia casi feliz!

Mis maestros tenian por mí una predileccion marcada, y mis buenos condiscípulos me amaban con ternura.

Arturo y Alfredo eran poco más ó menos de mi misma edad, y yo les profesaba el cariño de un hermano; ellos por su parte, siempre eran buenos conmigo, y su sincera amistad no se desmintió un instante; sin embargo, esta felicidad debia bien pronto terminar.

Así se pasaron más de nueve años; yo habia hecho rápidos progresos en las ciencias, y estaba próximo á concluir mi carrera. Dejaba ya de ser un niño, y pisaba los dinteles de la juventud. Tenia yo diez y nueve años, y entónces más que nunca me consideraba desdichado.

Largo tiempo hacia que no tenia noticia alguna de D. Justo, esto me preocupaba; Alfredo y Arturo no estaban ya en el colegio, y yo me sen-

tia como abandonado, y me consideraba solo en el mundo: mi inteligencia ya desarrollada me hacia ver en toda su extension lo crítico y amargo de mi posicion, comprendia que mi destino era sufrir sobre la tierra.

Sin un nombre, me decia, con que presentarme ante la sociedad, seré rechazado de ella: ¡de qué te sirve pobre, Genaro, haberte formado una carrera brillante, si tienes en tu frente el estigma del baldon y de la vergüenza!..... ¡Ah! ¡cuando en medio de ese mundo se me pregunte quién soy, solo podré inclinar mi frente ruborizado, y exclamar: ¡No tengo padres!... ¡No tengo nombre!... y entónces.... tan solo recibiré por respuesta la burla, el sarcasmo, y el desprecio!.....

A estos pensamientos, que me ocupaban á toda hora, mi corazon se oprimia fuertemente, y más de una lágrima rodaba por mis mejillas.

Mis compañeros de colegio, inquietos por el cambio que cada dia se notaba más en mi carácter, en vano trataban de divagar mi tristeza; yo huía de sus alegres juegos y animadas conversaciones, y encerrado en mi estrecho aposento encontraba un secreto placer en sondear las heridas de mi alma, y en tocar esas llagas, que sangraban todavía....

En vano mis profesores trataban de averiguar



la causa de mi tristeza; yo evadía sus preguntas, y guardaba en lo más profundo de mi alma mi doloroso secreto.

Una cosa me hacía meditar largas horas, sin que todos mis esfuerzos fuesen bastantes á romper el velo del misterio que me rodeaba. Hacía cerca de diez años que me había separado de D. Justo, y más de cinco que no había vuelto á saber de él; apesar de esto, una mano oculta me seguía protegiendo siempre, sin que jamás hubiera dejado de ser pagada mi pensión en el colegio, y sin que nunca me habiesen faltado recursos; esto naturalmente llamaba en extremo mi atención.

¿Quién podrá ser, me preguntaba á mí mismo, el que de esta manera se interesa por mi suerte, y atiende á todas mis necesidades? y á esta pregunta, despues de mil conjeturas, solo me daba una respuesta: ¡mi madre!.... ¡ah!.... ¡cuán duro era pronunciar este nombre!.... ¡mi madre!.... sí, solo ella podía ser la que tenía tal empeño en protegerme, ella solo la que se interesase tanto por mi suertel.... pero á la vez que esta idea me consolaba, ella tambien aumentaba los tormentos de mi alma.

¡Ah! me decia á mí mismo; ¿por qué esa madre, que me protege ocultamente, tiene á ménos mos-

trarme su hermoso semblante, para que yo pudiese aplicar en su frente el beso de un hijo tierno?

¿Por qué se oculta de mí? ¿seré acaso un hijo del que tenga que avergonzarse, por haber manchado su honra?.....

Esto era lo que más pensaba, y entónces lloraba, sí, lloraba, porque mis penas no podían tener un término, y esto era horrible!.....

En el colegio veía yo sin embargo mil jóvenes como yo, y muchos de ellos que sabían, y claramente confesaban el no tener ¡un padre! y sin embargo, vivían alegres y tranquilos, sin pensar en el nombre, ¡en el porvenir! y yo no era como ellos.... y esto me causaba una doble tristeza.

¡Tuviera yo al ménos su carácter! me repetía; entónces sería feliz, porque nada me daría cuidado pero no puedo; me es imposible ver con indiferencia el abandono en que me han dejado, envidio el hogar doméstico....

Si veo á un padre, á una madre, que viene á visitar aquí á su hijo, y escucho que le dan ese dulce título, y que él por su parte dice, ¡padre! ¡madre! ¡ah, no sé lo que siento! ¡pero, es demasiado!.....

Despues poníame á meditar en el porvenir: ¿no daré yo nunca con ellos? me preguntaba frecuentemente; D. Justo me prohibió hablar de mis



padres mientras yo fuera un niño; ahora ya no lo soy; pronto habré abandonado este establecimiento, y entónces. ¡Oh, entónces! nadie me impedirá buscar á mis padres; yo correré por todo el mundo preguntando por ellos, y al fin, ¡Dios mio! exclamaba postrándome maquinalmente, y levantando al cielo mis ojos, al fin Tú me permitirás encontrarlos, ¿no es verdad?

En estas reflexiones estaba, cuando se abrió la puerta de la pieza en que me hallaba, y ví penetrar por ella al buen anciano, que me recibió cuando D. Justo me habia dejado en el colegio.

Su aire era triste, y se comprendia que la noticia que venia á darme no era de lo más agradable.

Apénas lo ví entrar, tomé una silla y la acerqué á su lado, rogándole tuviese á bien sentarse.

Don Mariano, este era el nombre del anciano, no mostró ninguna resistencia: entónces yo acerqué igualmente una silla y me senté á su lado.

Tomó en aquel momento la palabra, y me habló así: ¡Hijo mio! tú por la conducta privada que observas, por el respeto que siempre haz profesado á tus maestros, y por haber sabido llevar hasta cierto punto un camino no comun en todos los jóvenes, habiéndote distinguido entre todos por los rápidos progresos que diariamente haces en el

estudio, has fijado de una manera particular la atención de tus profesores, y en especial la mia;— pronto, Genaro, te debes recibir, porque estás ya preparándote para ello; cuando salgas de aquí, no solo tendrás sobre tu carrera unos conocimientos muy plausibles, que desde luego van á fijar la atención pública, sino que tambien estarás instruido en otras carreras, pues has estudiado algo de medicina, de agricultura, de ingeniero: en fin, con un poco mas de estudio, podrias recibirte en otras profesiones.

Te hemos visto multiplicar materialmente para tener tiempo de aprovechar algunas clases que te agradaban, aunque fuesen ajenas á tus estudios.

Todo eso, léjos de ser vituperable, como te quisieran hacer creer tus compañeros de colegio, no era sino muy recomendable; nosotros los viejos, que sabemos profundizar tus intenciones, comprendiamos perfectamente tu mérito, y nos complaciamos en tu conducta; pues bien, Genaro, yo he venido á proponerte un negocio, que se me habia confiado, y que quiero dejar en tus manos, para que comiences á brillar en la sociedad.

Tambien venia á anunciarte mi salida de este establecimiento, y por esto en parte estoy triste porque voy á dejaros.



—¡Como! ¿nos va vd. á abandonar? pregunté con vivesa al director.

—Si Genaro, yo no puedo cumplir ya mi misión; los años me han cargado de enfermedades, que me hacen faltar muy amenudo al cumplimiento de mis deberes: cuando el hombre llega á cierta edad, preciso es que abandone el trabajo, porque si él ántes se pudo burlar de ese mismo trabajo, será entónçes el trabajo, el que se burlaría de él. Cuando no se pueden desempeñar las obligaciones con puntualidad, con constancia, es un mal el conservarlas, porque hacemos con ello un daño. Yo por otra parte soy bastante rico; en este establecimiento he servido como director veinte años, en la corte he tenido tambien buenos empleos, y mi carrera me ha sido tambien favorable.

■ Hoy tengo sobre mi nevada cabeza sesenta años y ya no puedo trabajar. En mi casa conservo un objeto, que amo con una ternura inmensa; tengo una hija Genaro, que continuamente me ruega y me suplica, que deje ya el trabajo y las ocupaciones todas, para dedicarle mis últimos dias. Sus palabras son órdenes para mí, porque la amo de una manera particular.

!Ay es tan bella, es tan virtuosa! pone su conato todo en amarme, en rodear de goces mi

existencia ¡Si la vieras! en medio de mi vejez... cuando todos me ven ya con indiferencia ó con repugnancia, Clara me prodiga las caricias mas tiernas; sin sus besos, sus abrazos, sus cariños, los únicos que me han quedado en la tierra, creo que moriria. Ves pues, hijo mio, como tengo que cumplir tambien con obligaciones de otro género.

Si los primeros años de mi existencia los dediqué á la sociedad, fuerza es que los últimos los dedique enteros, á ¡mi hija! ¡ella me recuerda tanto á su bella madre!

D. Mariano, al cruzarse por su mente este recuerdo, no pudo contener su llanto; dos lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas, y ellas lastimaron de un modo horrible mi corazón; sí, porque en esos momentos la imágen de mis padres se presentó con toda su fuerza á mi imaginacion, pensé en que tal vez mi pobre madre, como la esposa de aquel buen anciano, ya no existía, y esta idea me desconcertó por completo, de manera, que en vez de secar las lágrimas de D. Mariano, no pude proferir ni una palabra, y en breve lloraba yo con él....

D. Mariano, al verme llorar tambien, hizo un supremo esfuerzo para enjugar sus lágrimas, y estrechándome contra su corazón, me dijo: mucho